

tando con sus compañeros aquella mañana mientras se desayunaban, comió con ellos sin pensar que tenia que comulgar. Algun tiempo despues, habiendo ido á oír Misa, comulgó sin acordarse que habia comido. Testigos del hecho sus camaradas le reprendieron vivamente, y hasta uno de los oficiales le dijo con dureza que habia cometido un horrible pecado mortal. Afligido con su falta este pobre hombre, suspiraba, gemia, y daba gritos lamentables. Los soldados, viéndole tan inconsolable, le exhortaron á que fuera á buscar al *buen Padre*, que era el nombre que daban al santo apóstol. El soldado siguió este consejo; pero cuando llegó ante el hombre de Dios, no tuvo fuerza para pronunciar una sola palabra, y se arrojó á sus piés sollozando. «¿Qué teneis, hijo mio? le dijo Francisco conmovido con este espectáculo. No os aflijais, y decidme que puedo hacer por vos.—¡Ah! padre mio, respondió el soldado, he cometido un crimen, y no puedo decir mas.—Acaso hijo mio, replicó Francisco, no sabeis que Dios es infinitamente misericordioso, y que un corazon contrito obtiene el perdon de todos los pecados, cualesquiera que sean? Decidme lo que habeis hecho.—Ay! padre mio, contestó, he recibido la sagrada Comunion despues de haberme desayunado; si no me socorreis soy perdido.—¿Lo habeis hecho con propósito deliberado? preguntó el apóstol.—¡No, padre mio, Dios me libre! ha sido por distraccion, y mas quisiera morir mil veces que caer en semejante pecado.—Y bien, hijo mio, le dijo Francisco, os aseguro que el Señor os ha perdonado ya; consolaos, y no vayais por un pecado venial de negligencia, á caer en un pecado mortal de desesperacion.—Pero, padre mio, ¿qué penitencia me dareis por mi pecado?—Hijo mio, direis un *Padre nuestro* y un *Ave María*. ¡Qué, exclamó el soldado, admirado de tan poca penitencia, por un pecado como el mio!—Id, hijo mio, añadió el apóstol; haced lo que os digo, y Dios quedará contento.» Estas palabras volvieron la paz al corazon de este soldado cristiano, que se retiró lleno de consuelo, y conservó despues tanto afecto

á su consolador, que le seguía por todas partes siempre que le era posible, no separándose de su lado sino por fuerza (1).

En medio de todos sus trabajos, Francisco no olvidaba su mision, que habia recibido de la Santa Sede con respecto á Teodoro de Beza. Empezó por conferenciar con los mas prudentes de sus amigos, para buscar con ayuda de consejos, los medios mejores para conseguirlo: al mismo tiempo rogó á Dios con fervor, encomendó con instancias la empresa á las oraciones del Obispo y de aquellos eclesiásticos á los que creyó podia confiar su secreto, esperando solo del cielo el éxito de una mision tan difícil, y unió á todas estas oraciones el sacrificio de su vida, porque no ignoraba que, si los Ginebrinos llegaban á descubrir el objeto de su viaje, le harian pagar con su cabeza el atrevimiento que habia tenido de ir á buscar dentro de sus muros, para arrancarlo de la herejía, á su principal apoyo (2).

Preparado asi para el combate, el santo apóstol fué varias veces á Ginebra en los tres primeros meses del año 1597, y se presentó en la casa de Beza sin poder nunca llenar su mision, porque para eso necesitaba hablarle solo, y siempre le encontraba acompañado; por lo que juzgó no deber entrar. Pero si estos viajes no tuvieron resultado para el objeto de su mision, sirvieron maravillosamente para que brillara en él la mas sublime virtud. Varias veces experimentó violentas tempestades en el lago de Ginebra, que se veia obligado á atravesar, disfrutando en medio de este eminente peligro de muerte una tranquilidad de espíritu tan perfecta, que segun su testimonio jamás sintió mayor dulzura en todo el curso de su vida. Teniendo el nombre de Jesus en los lábios se llenaba de tanta confianza, que ni siquiera pensaba en el peligro: consideraba en las olas embravecidas la imagen de la furia

(1) Carlos Aug., p. 146.

(2) *Ibid.*, p. 130.

de los demonios contra las almas que quieren sepultar en los abismos del pecado y del infierno, y su espíritu y su corazón no se preocupaban de ningún otro pensamiento (1).

Por último, el martes de Pascua, 8 de abril, fué doblemente feliz, pues pudo satisfacer la piedad de varios católicos de Ginebra y tener audiencia con el ministro. Había en esta desgraciada ciudad algunos católicos que, no pudiendo ausentarse, deseaban sin embargo recibir la Comunión pascual. El santo apóstol les había prometido dársela en persona, y en su consecuencia había llevado consigo de Thonon cinco hostias en la caja de plata que le servía para llevar el Viático á los enfermos. No bien llegó á Ginebra con Luis de Sales y su fiel Rolando, cuando tuvo una ocasión inesperada de hacer uso del precioso tesoro que llevaba en el pecho. Así que entró en su cuarto, en la fonda donde paraba, fué á buscarle una virtuosa joven llamada Jacobina Coste, que fué más tarde religiosa de la Visitación, la cual con lágrimas en los ojos le contó, que después de haber sido aldeana y pastora, había entrado á servir á un rico calvinista de Ginebra, que había trabajado mucho para hacerla cambiar de religión, aunque ella había permanecido siempre firme, y fiel en oír la Misa en algún lugar vecino todos los domingos y fiestas; que por fin había dejado á este amo peligroso, para entrar de sirvienta en la fonda donde estaba á la sazón, con el fin de poder servir á los católicos, sobre todo á los sacerdotes y religiosos que paraban allí, y que, después que le había oído confundir al ministro la Faye en la plaza del Molard, no había cesado de pedir al cielo la dicha de hablarle, para que le dijera lo que debía hacer para agradar más á Dios. Francisco, al oír esta relación, admiró los efectos de la gracia en un alma sencilla y recta, la afirmó en sus buenas disposiciones, le dió prudentes consejos, y después de haberla confesado, la anunció que la iba á dar la Co-

(1) Meditaciones de la Madre Chauzy.

munion con una de las hostias contenidas en la caja de plata que llevaba sobre el pecho. «Ay! señor, le dijo con sencillez, ¿como podeis hacer eso si no teneis sacristan?—»No tengais pena le contestó, nuestros ángeles, que están aquí presentes, nos servirán de sacristanes; su oficio es asistir delante del Santísimo Sacramento. No os daré, añadió, sino la mitad de una hostia, porque no he traído más que cinco, para cinco buenos católicos de esta ciudad, á los cuales he prometido la sagrada Comunión, pero bajo la mitad de una hostia no recibireis menos que bajo la hostia entera, porque cada una de estas partes contiene á vuestro Criador y Redentor con todos sus tesoros y todos los méritos de su Sagrada Pasión.» (1)

Después de esta buena obra, el santo apóstol se dirigió á casa de Teodoro de Beza (2). Este anciano se estaba paseando solo en una sala de su casa cuando Francisco, introducido, se presenta y le saluda con una exquisita cortesía, le da su nombre, y le dice con el tono más amable, que atraído por su gran reputación de saber y elocuencia, al mismo tiempo que por todo lo que ha oído decir de los encantos de su conversación y de los atractivos de su trato, se había atrevido á tomarse la libertad de ir á ofrecerle sus respetos, y á abrirle su corazón sobre objetos del mayor interés. Estas palabras graciosas, á que daban realce el aire distinguido de Francisco, que era alto, de buena presencia y bien formado, la dulzura que brillaba en su rostro, y los encantos incomparables de toda su persona, le merecieron una atenta acogida. La conversación versó primero sobre asuntos indiferentes; luego, habiendo introducido Beza en su gabinete á su amable huésped para entretenerse con él más á su gusto. «Señor, le dijo Francisco, veo hoy por mí mismo cuán justamente la voz pública os coloca en el número de los grandes hombres; deseaba hacer tiempo hablaros, tengo la confianza que me escu-

(1) Año de la Visitación, 10 de abril.—De Cambis, p. 213.

(2) La Riviere, p. 181.

«chareis con bondad, y me direis francamente lo que pensais sobre la cuestion que tengo que proponeros.» (1)

Beza, no sabiendo á donde se dirigia un preámbulo tan lleno de gracia, guardó silencio un rato como hombre que titubea. «Señor, añadió el apóstol, no tengais «desconfianza; miradme, y vereis que no soy hombre que «quiera tenderos algun lazo, sino que obro con franqueza «y candor.—Me colmais de atenciones, señor, respondió «Beza, y vuestras maneras me encantan; aprecio mucho el «candor y la franqueza, y he deseado siempre ver presidir «estas amables cualidades en las discusiones religiosas. «Proponedme pues todo lo que querais, que yo procuraré «contestar segun los conocimientos que me ha hecho adquirir un largo estudio unido á una larga esperiencia.— «¿Señor, preguntó Francisco, se puede uno salvar en la Iglesia romana? (2) A esta pregunta Beza se encontró muy apurado, porque si respondia que nó, era decir que en el tiempo en que Lutero y Calvino empezaron á evangelizar no habia ya verdadera Iglesia, por consiguiente esto era acusar de falsa la promesa que ha hecho Jesucristo, de estar con su Iglesia *todos los dias hasta la consumacion de los siglos*; y si contestaba que sí, era reconocer la Iglesia romana por verdadera Iglesia de Jesucristo, supuesto que los protestantes confesaban entonces unánimemente, que fuera de la verdadera Iglesia no habia salvacion. No sabiendo qué responder, quedó algun tiempo en silencio con los ojos fijos en un extremo del cuarto, y trasladándose á su gabinete para reflexionar mas maduramente la respuesta que debia dar, permaneció en él cerca de un cuarto de hora, paseándose con un paso precipitado y á veces interrumpido. Francisco que desde el cuarto donde se habia quedado notaba este movimiento y estas pausas, dedujo de esto que aquel desgraciado estaba cruelmente atormentado con los remordimientos de su conciencia, y ji-

(1) Carlos Aug., p. 131.—De Cambis, p. 214.

(2) De Maupas, p. 113.

miendo por la desgracia de los que están separados del centro de la unidad católica, dió gracias á Dios por haberle conservado en la verdadera fe, protestándole con todo su corazon que queria vivir y morir en el seno de la Iglesia romana (1).

Beza volvió á entrar pálido, como un hombre fatigado, y despues de haberse excusado por haber tardado tanto: «Señor, le dijo, quiero abriros mi corazon, y contestaros «con una franqueza igual á la vuestra. Me habeis preguntado si es posible la salvacion en la Iglesia romana, y no «titubeo en contestaros. Sí, es posible, es una verdad incontestable, y nadie duda que vuestra Iglesia es la Iglesia Madre (2).—Os doy las mas afectuosas gracias por «vuestra respuesta, contestó Francisco. Ahora me permitireis que os haga otra pregunta; si es posible la salvacion en la Iglesia romana, ¿por qué los calvinistas han «derramado tanta sangre con el fin de establecer su religion en Francia? ¿A qué tantas sediciones y rebeliones. «tantas quemas, matanzas é incendios?» En tanto que el apóstol, desenvolviendo esta idea, trazaba el horrible cuadro de las calamidades de que habia sido teatro la Francia, Beza, que habia sido uno de los mas ardientes en atizar allí el fuego de la guerra civil, parecia consternado. Guardó algun tiempo silencio, paseándose á grandes pasos por su cuarto, y al fin, con una voz vacilante y temblona, le contestó con un profundo suspiro: «Es, señor, que aunque es posible la salvacion en la Iglesia romana, habia «en esta Iglesia abusos que era necesario reformar (3). ¿No

(1) Carlos Aug., p. 132.

(2) La misma contestacion fue dada á Enrique IV por los ministros calvinistas, la cual le decidió á convertirse, y á Luis Rodolfo, Duque de Brunswick, por los ministros luteranos, lo cual determinó á la princesa su hija, al mismo Duque y su principal ministro á abjurar el protestantismo. El mismo Melancthon pidió á su madre moribunda le dijera cuál era mejor religion, la protestante ó la romana. «La protestante es la mas fácil, le contestó, la romana la mas segura. *Hæc facilius, illa securior.*»

(3) De Cambis, p. 215.

«es, por ejemplo, intolerable vuestra doctrina sobre la necesidad de las buenas obras para la salvacion? (1) Hacedis creer á los pueblos que la fe no basta, que hay necesariamente que unir á ella las buenas obras, no siendo estas sino de conciencia. Ha sido por tanto necesario, para procurar la salvacion á estos pobres pueblos, que vuestra creencia precipita en el infierno, establecer á toda costa nuestra religion que hace mas fácil la salvacion, poniendo por dogma fundamental que la fe salva sin las obras.—Entonces, respondió Francisco, si las buenas obras no son necesarias á la salvacion ¿qué quiere decir la Sagrada Escritura cuando nos repite tan á menudo, que para salvarse no basta no dar malos frutos, sino que es necesario darlos buenos, que no basta evitar el mal, sino que es necesario obrar el bien? Recordad aquellas palabras del capítulo XXV de San Mateo: *Id, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; estaba desnudo, y no me vestisteis; estaba preso y no me visitasteis.* ¿No es evidente, segun esto, que las buenas obras son de precepto rigoroso y grave, puesto que se condena al fuego eterno, por el solo hecho de omitirlas? Vuestra franqueza y sencillez, señor, me dan la seguridad, que si no podeis dar á este argumento una respuesta sólida abrazareis el sentimiento de la Iglesia romana.» (2)

Beza, que afectaba ordinariamente una gravedad es-

(1) Como la mayor parte de los protestantes admiten hoy la necesidad de las buenas obras para la salvacion, es bueno observar que rechazan en esto la doctrina de Lutero, de Calvino y de Beza, y de todos los primeros jefes de la reforma. «Parece que os sorprende, decía Lutero en su respuesta á Cochleus, de que diga que el hombre es justificado por la fe sola. Si un papista se escandaliza de esto, respondo que un papista y un asno son una misma cosa. La única razon que para probarlo tengo que dar, es que así lo quiero, que así lo mando, porque mi voluntad sirve de razon.» Los protestantes, avergonzados de estos absurdos, volvieron en este punto á la doctrina católica: ojalá los restantes abran igualmente los ojos á la verdad.

(2) Carlos Aug., p. 133.

toica, no pudo dominarse á estas últimas palabras; se llenó de rubor, é indignándose por haberse dejado conducir á este extremo, prorumpió en injurias contra los papistas. «Señor, le dijo Francisco con una tranquilidad siempre igual, vuestra sangre fria al principio de nuestra conversacion, me habia hecho pensar que creíais sin ninguna duda en la verdad y en el error, pero vuestra cólera actual me manifiesta que habeis sentido la fuerza de mis pruebas, y que no encontrais nada sólido que oponer á ellas. Por lo demás, no he venido aquí para disgustaros; deseo solamente conferenciar con vos sobre algunos puntos de controversia, saber de vos mismo lo que pensais, y esponeros con franqueza y buena fe mis pequeñas objeciones; pero si esto os irrita os suplico me perdoneis, y os prometo no volver á tratar con vos cuestiones de controversias.» Beza, confuso por el arrebato á que acaba de entregarse, procuró escusarse diciendo que no siempre era dueño de sus primeros movimientos, y que su celo por la religion le habia arrebatado: luego, para reparar su falta, instó á Francisco fuera á verle con frecuencia, prometiéndole acogerle siempre con gusto, y no irritarse cualquiera que fuera la materia de su conversacion (1).

Así terminó, despues de tres horas de entrevista, la primera conferencia con Beza. Tan larga visita hizo concebir sospechas á los criados del ministro y otras personas que esperaban en la antecámara; del interior de la casa estas sospechas pasaron pronto al exterior, corrieron de boca en boca, y circuló un rumor general de que se habia introducido en la ciudad un hombre peligroso, del cual se debia desconfiar. Francisco sin inquietarse por esto, habiendo encontrado en la calle á un soldado de los Allinges, y sabiendo por él que se encontraba un católico gravemente enfermo en casa de un hereje llamado Abraham Joly, fué al instante á llevarle los socorros de su ministerio. En vano le espusieron que comprometia su vida, que los

(1) Carlos Aug., p. 133.—De Cambis, p. 235 y 236.

Ginebrinos no toleraban en su ciudad el ejercicio de la religion romana, y que si le descubrian, estaba en evidente peligro de ser asesinado. El temor de dejar morir á un hombre sin sacramentos, pudo mas que todas estas consideraciones. Llegado á la casa indicada, se hace conducir cerca del enfermo, le dirige palabras de consuelo é interés, y dice á los que estaban en el aposento que se retiren, porque necesita hablar solo con él. Todos, aunque herejes, se retiraron al punto obedeciendo á su voz, y nadie pensó en turbarle en su ministerio, ni hacer una denuncia que le hubiera costado probablemente la vida, ya fuera porque su aspecto majestuoso les impusiera respeto, ó porque Dios les cerrara la boca; y así que se vió solo, oyó la confesion del enfermo, le administró el Viático, que llevaba consigo, y le dispuso á una santa muerte, llenando todas estas funciones con la misma tranquilidad de alma y la misma serenidad de rostro que si hubiera estado entre sus fieles católicos. Testigo de tanta fortaleza de alma, el soldado que habia ido á buscarle quedó tan admirado, que desde este dia le tuvo en singular veneracion, considerándole como un santo y como un mártir (1).

Al dia siguiente se ocupó Francisco en confirmar en la fe y la piedad, con discursos espirituales, á cinco católicos que residian en la ciudad, oyó su confesion, les dió la Comunión (2), y despues de haber hecho todo el bien que era posible á su celo partió al dia siguiente, con el corazon herido de dolor, derramando abundantes lágrimas; y como le preguntara la causa su primo Luis de Sales: «Ay, mi querido hermano, contestó, Jesus lloró sobre su querida é ingrata Jerusalén, ¿cómo no he de llorar yo sobre nuestra pobre y querida Ginebra?» (3)

Así que volvió á Thonon, escribió al Papa para darle

(1) Carlos Aug., pag. 134.—Dep. del Canónigo Gard, de Francisco Favre, del Marqués de Lullin, etc.

(2) *Año de la Visitacion*, 10 de abril.

(3) Carta XXV. Esta carta, como la siguiente, está en latin; no damos sino

cuenta de su conferencia con Beza: «He reconocido en el ministro, le dice (1), un corazon de piedra endurecido »hace largo tiempo en el mal, el que no se ha ablandado »aún, ó por lo menos no se ha decidido á salir de él. Sin embargo, no desesperaria de su conversion si pudiese »verle con frecuencia y con mas seguridad, y sobre todo »si pudiera con el consentimiento de Vuestra Santidad, »celebrar una disputa pública con los ministros. En las »cosas dificiles y de importancia, es ya mucho haber intentado el éxito y empezado el ataque.»

El santo apóstol informó luego al soberano Pontífice de cómo los pueblos de Gex y Gaillard pedian con instancia volver á la verdadera fe, pero que les impedian ejercer el culto católico los Ginebrinos, que sin embargo no tenian sobre ellos otra autoridad que la que tiene el rey de Francia; y en su consecuencia, instaba al Papa á que escribiera á Enrique IV, y pidiera á este buen príncipe recientemente convertido, hiciera cesar esta odiosa tiranía, y obtuviera de la república de Ginebra la libertad de conciencia para todos sus ciudadanos, para que cada uno pudiera seguir la religion que juzgara mejor.

Clemente VIII dió á esta carta la mas honorífica respuesta (2), alabó el celo de Francisco, le exhortó á proseguir la empresa comenzada, y le prometió escribir al rey de Francia, para obtener las medidas necesarias para secundar los esfuerzos de su apostolado.

Entretanto, habiéndose estendido en Thonon el rumor de que el Conde de Martinengues debia llegar en breve á esta ciudad en calidad de Teniente General del Duque de Saboya, con encargo de tomar las mas útiles medidas para mantener la paz y restablecer la religion católica, Francisco reunió al punto á los nuevamente convertidos, para conferenciar con ellos sobre los puntos principales que convendria proponer al Conde. Se convinieron fácilmente

(1) Carta XXV.

y todo arreglado de comun acuerdo, Francisco esperaba con alegría la llegada del Teniente General, cuando supo que este señor no debía pasar del fuerte de Santa Catalina (1), y que aun en este fuerte no se detendría sino muy poco tiempo. Esta noticia la recibió cerca de noche; y al punto, á pesar de lo intempestivo de la hora para ponerse en camino, monta á caballo, camina toda la noche y llega muy temprano á Virg, donde esperaba encontrar al Conde. Habiéndole allí dicho que habia partido el dia antes, marchó en su busca á toda prisa, y pidiendo noticias suyas á los viajeros que se encontraba en el camino, al fin logró saber con certeza que habia vuelto á Chambery, donde se detendria. Suspendió su viaje, que ya no tenia objeto, volviendo á Annecy para conferenciar con el Obispo sobre los negocios de la mision; y despues de largas conferencias se dirigió al castillo de Sales, donde le llamaban sus padres con instancia; permaneció allí el tiempo que tardó en redactar unas memorias que preveia poder necesitar, y terminadas estas partió luego para Chambery (2).

Apenas llegó, cuando informado de su llegada el senador Favre, fué á buscarle para llevarlo á su casa. Allí le entregó las cartas del Duque de Saboya, en que autorizaba al Obispo de Ginebra, esperando el consentimiento del Papa para tomar provisionalmente, sobre todos los beneficios del Chablais y del territorio de Ternier, las rentas suficientes para sostener, tanto los curatos ya establecidos en estos países, como los que se juzgara conveniente establecer en adelante. Informados de esto los ministros protestantes, hicieron partir prontamente diputados para reclamar contra estas disposiciones, repitiendo por todas partes que se les hacia una injusticia, y prorumpiendo en toda clase de injurias, sin perdonar las amenazas contra el santo apóstol, que sabian habia provocado estas medi-

(1) Es este un fuerte edificado por el Duque de Saboya sobre una altura á alguna distancia de San Julian á el Cluiset. Fué arrasado en la guerra de 1600.

(2) Carlos Aug., p. 147.

das. Pero él, incapaz de dejarse intimidar, y sin otra preocupacion que el éxito de su obra, se manejó tan bien en Chambery que obtuvo, además de las concesiones del principe, el permiso de emplear en el culto católico algunas pensiones que percibian los ministros sobre diversos beneficios.

Estos socorros le proporcionaron el medio de sostener á varios eclesiásticos llenos de celo y piedad, á los que comprometió á ir á compartir sus trabajos. Mantuvo algunos á su lado para que le ayudaran en las funciones de su ministerio, y á los demas en número de cuatro, los colocó en los curatos que estableció, el primero en Bons, San Didier y Saxel, el segundo en San Cergues, Buringes y Genevey, el tercero en Ivoise y en Esceneves, y el cuarto en Douvaine, Loisin y los alrededores. Él mismo en persona dió posesion á estos cuatro eclesiásticos de sus curatos, haciendo colocar una cruz en cada una de estas parroquias, como acto de dominio en cierto modo en nombre de Jesus crucificado; práctica que observó siempre en lo sucesivo, enarbolando en todas partes donde restablecia el culto católico, el estandarte de la cruz (1).

Además de los eclesiásticos que acababa de colocar, le quedaba aún un sujeto de raro mérito, doctor en teología y excelente predicador, al cual habia reservado para el puesto mas difícil, el curato de Bellevaux, cuyos habitantes estaban muy obstinados en la herejía. Quiso conducirle en persona á su parroquia á su llegada, no encontrando quien quisiera recibirlos, pues los ministros habian procurado hacer creer al pueblo que eran magos y hechiceros y que llevaban la desgracia donde quiera que entraban. No obtuvieron, sino con trabajo y pagándolo muy caro, un pedazo de pan de salvado, como el que se da á los animales, un poco de queso y agua; y por ningun precio quisieron venderles un vaso de vino, siéndoles preciso tomar de pié ó sentados en el suelo esta frugal comida, porque rehusaron prestarles

(1) Carlos Aug., p. 148 y 150.